

Selección de textos para Tema II:

1. Documento que supuestamente reproduce el juramento fundacional de Cirene, colonia fundada por habitantes de Tera a finales del siglo VII en Libia (ca. 630 a.C.)¹:

“La asamblea resolvió: habiendo ordenado Apolo espontáneamente a Bato y a los tereos fundar Cirene, los tereos resolvieron enviar a Bato a Libia en calidad de jefe del pueblo y rey, y hacerse a la mar con él en calidad de compañeros. Se harán a la mar en condiciones de igualdad y paridad, por familias; será elegido un hijo varón... los que estén en la flor de la edad y sean de condición libre entre el resto de los tereos se harán a la mar. Si los colonos establecen una colonia, cualquier pariente suyo que posteriormente se dirija a Libia recibirá la ciudadanía y los derechos, así como una parcela de las tierras que aún no estén repartidas. Si no fundan una colonia y los tereos no están en condiciones de socorrerlos, sino que se ven agobiados por la necesidad durante cinco años, sean libres de abandonar el país y regresar a Tera recobrando la ciudadanía y sus propiedades. Aquél que no esté dispuesto a echarse a la mar cuando la ciudad lo envíe a la emigración, sea reo de muerte y sus propiedades sean confiscadas. Aquel que le dé albergue o lo esconda, ya sea un padre a su hijo o un hermano a su hermano, sea reo de la misma pena que el que no esté dispuesto a marcharse. Esto pactaron y prestaron juramento en este sentido los que se quedaron aquí y los que se echaron a la mar con el fin de fundar la colonia, y lanzaron maldiciones tanto contra los que se establecieron en Libia como contra cuantos se quedaren aquí, si no cumplían el pacto y no se atenían a él”.

2. HESÍODO se dirige (ca. 700 a.C.) a quienes ostentan el poder en la sociedad aristocrática para que lo utilicen en bien de todos y según las leyes, no para favorecer a las familias ricas, que pueden influir en sus decisiones sirviéndose de regalos:

“¡Oh reyes! Tened en cuenta también vosotros esta justicia; pues de cerca, metidos entre los hombres, los Inmortales vigilan a cuantos con torcidos dictámenes se devoran entre sí, sin cuidarse de la venganza divina.

¹ R. Osborne lo recoge en op. cit., p. 28. Dedicó a la fundación de esta colonia las páginas 21-32 para poner de manifiesto que el conocimiento e interpretación de un hecho histórico tan antiguo necesita un estudio detenido de todas las fuentes, sin tratar de conciliarlas a la fuerza. En el caso de la fundación de Cirene, se cuenta con testimonios en parte o totalmente contradictorios de Herodoto, Píndaro, Meneclés de Barca, Pausanias (s. II d.C.) y los restos arqueológicos. Lo más probable es que el texto del juramento no date del siglo VII, sino del IV a.C., y que fuera presentado por los tereos en Cirene y ésta los grabara en el santuario de Apolo Pitio por intereses comerciales de los primeros y políticos de los segundos. El que más se acercó fue Herodoto, que pudo recoger la tradición oral de la isla de Tera. Para Osborne lo único cierto que se puede extraer de todas las versiones con que contamos es “la existencia de un vínculo importante, aunque no exclusivo con Tera, el protagonismo de un individuo llamado posteriormente Bato, y el proceso bastante largo que comportó el descubrimiento del emplazamiento ideal del asentamiento” (p. 29). Y más adelante afirma que “la arqueología, pues, vendría a confirmar, según parece, que las tradiciones de la época más tardía contienen un fuerte sesgo político. La afirmación por parte de tereos y Batíadas de que habían sido los primeros en establecer un asentamiento en tierras desconocidas contribuía indudablemente a mejorar su estatus, por cuanto venía a magnificar su hazaña. El hecho de mantener a la población no terea al margen de la historia sin duda encajaba perfectamente con la pretensión de Tera de ser la metrópoli de Cirene; habría favorecido asimismo los argumentos relacionados con la política interna de Cirene y la teoría general de que la colonia no era una especie de batiburrillo de pueblos. La idea de que Cirene era además la metrópoli de otras colonias en esa misma ribera del Mediterráneo favorecía asimismo sus pretensiones de preeminencia en la zona” (p. 31).

Treinta mil son los Inmortales puestos por Zeus sobre la tierra fecunda como guardianes de los hombres mortales; éstos vigilan las sentencias y las malas acciones, yendo y viniendo, envueltos en niebla, por todos los rincones de la tierra.

Existe una virgen, Dike, hija de Zeus, majestuosa y respetable para los dioses que habitan el Olimpo; cuando alguien, despreciándola con torcidas sentencias, al punto sentada junto a su padre Zeus, Crónida, canta la manera de pensar de hombres injustos para que el pueblo pague las locuras de los reyes, quienes maquinando cosas terribles, desvían el veredicto hablando de manera tortuosa. Teniendo presente esto, ¡reyes!, enderezad vuestros discursos, ¡devoradores de regalos!, y olvidaos de una vez por todas de torcidos dictámenes. El hombre que trama males para otro, trama su propio mal; y un plan malvado perjudica más al que lo proyectó.

El ojo de Zeus que todo lo ve y todo lo entiende, puede también, si quiere, fijarse ahora en esto, sin que se le oculte qué tipo de justicia es la que la ciudad encierra entre sus muros. Pero ahora ni yo mismo deseo ser justo entre los hombres ni tampoco que lo sea mi hijo; pues cosa mala es ser un hombre justo, si mayor justicia va a obtener uno más injusto. Mas espero que nunca el providente Zeus deje como definitiva esta situación”².

3. Como señala R. OSBORNE, HESÍODO “advierde que la maldad y los juicios injustos pueden causar la ruina de toda la sociedad, pero no ve más recurso frente a esas decisiones inicuas que la intervención divina: ‘el ojo de Zeus todo lo ve’. Lo que a HESÍODO le preocupa no es lo que son los reyes, sino si las sentencias en caso de litigio son dictadas rectamente o no; su insatisfacción no va dirigida contra los que ostentan el poder, sino contra el modo en que se ejerce ese poder, y recomienda mantenerse al margen de los pleitos en los que se dirimen los litigios ajenos”³:

“¡Oh Perses! Atiende tú a la justicia y no alimentes soberbia; pues mala es la soberbia para un hombre de baja condición y ni siquiera puede el noble sobrellevarla con facilidad cuando cae en la ruina, sino que se ve abrumado por ella. Preferible el camino que, en otra dirección, conduce hacia el recto proceder; la justicia termina prevaleciendo sobre la violencia, y el necio aprende con el sufrimiento. Pues al instante corre el Juramento tras de los veredictos torcidos; cuando la Dike es violada, se oye un murmullo allí donde la distribuyen los hombres devoradores de regalos e interpretan las normas con veredictos torcidos. Aquélla va detrás quejándose de la ciudad y de las costumbres de sus gentes, envuelta en niebla, y causando mal a los hombres que la rechazan y no la distribuyen con equidad”⁴.

² Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 248-272.

³ R. Osborne, op. cit., p. 175. Poco antes ha explicado que la obra de Hesíodo presenta el interés de recoger en ella unas circunstancias sociales, económicas y políticas similares a la realidad que él vive, lo que nos permite conocer características de la época (pp. 174-175); pero también advierde que ello no implica una identificación completa, pues de hecho él presenta una sociedad en la que no existe una diferenciación de clases y sin influencias extranjeras, cuando se tiene certeza de que no fue así (cfr. op. cit. pp. 176-177). Admite que puede corresponder a una etapa anterior (cfr. op. cit., p. 189)

⁴ *Los trabajos y los días*, 213-227.

4. DIONISIO DE HALICARNASO⁵, aunque recoge todas las leyendas conocidas sobre la fundación de Roma, abogó por unos orígenes griegos de ésta, comparando la proximidad entre las instituciones políticas y las costumbres típicas de griegos y romanos:

“La historia antigua de la ciudad de Roma todavía es desconocida para casi todos los griegos, y algunas opiniones no verdaderas sino fundadas en relatos que han llegado a sus oídos por casualidad han engañado a la mayoría con la idea de que la ciudad tuvo como fundadores a ciertos vagabundos sin hogar y a bárbaros que ni siquiera eran hombres libres; y que, si con el tiempo ha llegado a la supremacía total, no ha sido por su piedad, justicia o cualquier otra virtud, sino por una suerte especial y porque la injusta Fortuna concede al azar sus mayores bienes a los más indignos. Y los más maliciosos suelen acusar abiertamente a la Fortuna de que concede a los bárbaros más perversos los favores que corresponderían a los griegos. Pero, ¿qué necesidad hay de hablar de otros, cuando también algunos historiadores se atrevieron a dejar escritas estas ideas en sus historias, por complacer con relatos injustos y falsos a reyes bárbaros que odian la hegemonía de Roma, reyes a quienes ellos mismos sirvieron y adularon? Pues bien, con la intención de sacar de la mente de muchos esas creencias, como afirmé, erróneas, y establecer en su lugar las verdaderas, voy a explicar en esta historia quiénes fueron los fundadores de la ciudad, en qué momento se reunió cada uno de los grupos y por qué avatares de la fortuna abandonaron las moradas paternas. Y a través de esta obra, prometo demostrar que fueron griegos que se habían reunido procedentes de pueblos que no eran ni los más pequeños ni los más insignificantes. Empezando a partir del libro siguiente, relataré las acciones que llevaron a cabo inmediatamente después de la fundación, y las costumbres por las cuales sus descendientes alcanzaron tanto poder. Así, en la medida de mis posibilidades, no omitiré nada digno de mención para inculcarles, al menos a los que van a conocer la verdad, una idea correcta de esta ciudad, si es que no mantienen una actitud totalmente violenta y hostil hacia ella; que no se indignen por la sumisión que es lógica (pues de hecho hay una ley de la naturaleza, común para todos y que ninguna época derogará, consistente en que los superiores gobiernan siempre sobre los inferiores), y que no acusen a la Fortuna de haber concedido en vano y por tanto tiempo tal soberanía a una ciudad indigna; al menos, después de haber aprendido por mi historia que desde el principio, inmediatamente después de su fundación, ofreció numerosos ejemplos de hombres virtuosos, y ninguna ciudad ni griega ni bárbara pudo ofrecer otros más piadosos, ni más justos, ni más moderados durante toda su vida, ni mejores luchadores en las guerras que aquéllos.

(...) Mientras que otros muchos al habitar entre bárbaros [se refiere a los griegos venidos a suelo itálico], olvidaron en poco tiempo todo lo griego, de modo que no hablan la lengua griega ni conservan costumbres griegas, ni creen en los mismos dioses, ni tienen las mismas equitativas leyes (por lo que se diferencia especialmente la naturaleza griega de la bárbara), ni nada de las demás tradiciones comunes. Bastan para probar esta teoría los aqueos que habitan cerca del Ponto, que son eleos, una raza de lo más griega, y ahora son los más salvajes de todos los bárbaros. Los romanos hablan una lengua ni

⁵ Fue maestro de retórica en Roma desde el año 30 a.C. y autor de una historia de Roma (*Antigüedades romanas*) en veinte volúmenes, desde su fundación hasta el año 264 a.C., en que tuvo lugar la Primera Guerra Púnica, aunque sólo se conserva la mitad (hasta el siglo V a.C.).

exactamente bárbara ni completamente griega, sino una mezcla de ambas, cuya mayor parte es eolio. Esto es lo único que sacaron de sus múltiples mezclas, el no hablar correctamente todos sus sonidos; el resto de los recuerdos de su origen griego lo conservan como ningún otro de los colonos. No empezaron ahora por vez primera a vivir amistosamente, cuando a la enorme buena fortuna que cae sobre ellos la tienen como maestra de lo hermoso, ni desde que por primera vez se extendieron más allá del mar al destruir el imperio de cartagineses y macedonios, sino que desde la época en que fundaron la ciudad viven a la griega, y no se dedican más notablemente a la virtud ahora que antes”⁶.

⁶ Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma*, I 4-5 y 89. Trad. de E. Jiménez y E. Sánchez. BC Gredos, Madrid, 1984.